

CIENTO

¡Y se atreve a quererme...!

¡Ja... ja... ja...!

«Señorita: Contener por más tiempo lo que me atormenta en ansias de manifestarse, fuera empeño inútil. Puede creerme. Jamás senti atracción tan intensa ni deseo tan pertinaz. La quiero, sí. Yo, que ignoraba lo que el amor significa en la vida, reía y gozaba, sin sospechar que pudiese un placer robar la alegría; sin alcanzar que unos ojos tan bonitos como los suyos, pudiesen grabar el corazón tan honda huella. Pero, confieso que juzgaba sin conocerla.

¡Por Dios! no vea en mis palabras la mascarilla de un deseo fugaz, pues el amor que me inclina hacia Ud. no es una vanidad jactanciosa, ni la sugestión de sus gracias y bellezas, con ser tantas. No. Lo que me inclina a quererla es algo que está por encima de eso, que lo siento en el corazón, y al querer elevarlo a la cabeza, para entenderlo, se desvanece. Es un sueño, una ilusión, un deseo, una esperanza, todo esto, unido a su persona y atado a mi ser con fuertes y dulces lazos.

Antes de terminar, voy a suplicarle un favor, que agradeceré eternamente: Si alguna simpatía ha sentido hacia mí, guarde esta carta como símbolo de mi profundo amor, y, si jamás lo sintió, rómpala en mil pedazos, para que sufra la misma suerte que mi corazón: desgarrado y en el olvido. Jaime.

—¡Jesús, que romanticismo! Oye, Irene, ¿no es verdad que parece esta carta arrancada de un libro Bécquer? Los hay que no dejan de soñar. Pero... ¿has visto mayor atrevimiento? ¿Habrá creído ese necio que me encuentro camino de Leganés?

—Eres demasiado ligera. No juzgues tan irreflexivamente; porque podría sucederte que mañana lo desearas inútilmente. Además, que, a mi parecer, Jaime es chico de inmejorables condiciones, y su talento le asegura un gran porvenir.

—Pues si tan bueno te parece...

—Muchas gracias, Josefina. Mi consejo no entraña otro interés que el de advertirte.

—Lo agradezco pero no puedo tomarlo. ¿No comprendes que nuestra clase exige un hombre de más alta posición? ¿Que significa un poeta en la sociedad! Un hombre que lleva el pelo más largo que los demás y los ojos fijos en una expresión de profundo ensimismamiento. ¡Valiente necio! No me explico cómo puedes encontrarlo digno de nosotras.

—El amor es el sentimiento más democrata. No admite las diferencias sociales que establece la cuna o el azar. Es un sentimiento que produce en las almas la anulación del orgullo; es como si dijéramos,

el antidoto de la soberbia. Cuando se desarrolla en nuestros corazones, brotan en el alma los gérmenes más puros de nobleza y generosidad. Hasta la misma desigualdad—si es que existe—se desearía borrar con el deseo para dar mayor confianza al ser amado. Nada hay comparable a este afecto que nos iguala sin respetar los convencionalismos sociales. Si tú lo hubieses sentido, te explicarías lo que ahora juzgas de atrevido e insólito.

—Bien se conoce que pasas las noches devorando folletos novelescos. Desecha esas quimeras. ¿No es preferible a toda esa serie de ilusiones y delirios calenturientos la realidad de una fabulosa riqueza y de una posición envidiable? Abandona tales desvarios que nacen al final de unos versos cálidos. Reconoce que en las novelas, la vida la desarrolla un ser que tiene alma, y en la realidad, las guía un ente sin entrañas: el destino.

La señora Orcana a Dulcinea del Toboso

¡Oh quién tuviera, hermosa Dulcinea, por más comodidad y más reposo, a Miraflores puesto en el Toboso, y trocara su Londres en tu aldea!

¡Oh quién de tus deseos y librea alma y cuerpo adornara, y del famoso caballero, que hiciste venturoso, mirara alguna desigual pelea!

¡Oh quién tan castamente se escapara del señor Amadís, como tú hiciste del comedido hidalgo Don Quijote!

Que así envidiada fuera, y no envidiara, y fuera alegre el tiempo que fué triste, y gozara los gustos sin escote.

CERVANTES.

—Ese espticismo me da una idea muy pobre de tu corazón. ¿Olvidas que la ilusión es el mejor alimento del alma? Aunque sea humo, ensueño, ficción, es tan agradable y tan propia de los hombres que sin ella, la vida sería insostenible. ¿Qué importa que los ojos me engañen si el engaño me halaga? Hay una distancia tan corta entre lo verdadero y lo ilusorio, que se salva insensiblemente. ¿Es que te consideras más feliz que una pobre desprovista de nuestras comodidades y regalos? Pues te equivocas. Acaso sea más dichosa que tú, porque se recrea en su miseria. No lo dudes, Josefina, el cuerpo se acomoda a todo; el alma permanece inmutable. Cuando no se quiere, el tiempo hace aborrecer; cuando se ama, el tiempo hace adorar.

II

«Ha obtenido un señalado éxito teatral, el notable poeta regional, D. Jaime Gál-

vez, con su admirable drama: *Lo que no muere*. Felicitamos cordialmente al eximio vate, deseándole siga sin desmayos su brillante carrera, que le abre un cielo de esperanzas.

—Sí, le vi aparecer cogido de la mano de dos actrices... y yo aplaudía maquinalmente... pero no se fijó en mí. Ya es tarde. Sólo me resta llorar en la soledad, cuando de todos me veo abandonada. ¡Qué fría es la realidad...! Cuando tú no lo puedes recoger, yo te envío un beso de amor...

ESPERANZA CRUZ.

CIENTO

Traición y arrepentimiento

Sí, pequeña era en verdad la caravana; pero demostraba estar compuesta por hombres enérgicos y valientes, por hombres de fiera e ilimitada audacia por esos hombres, para los cuales, la vida no tiene valor alguno y desafían los peligros mayores con ánimo sereno y asomando siempre en sus labios una sonrisa de satisfacción.

Voy en breves conceptos a describiros a estos intrépidos exploradores que se atrevían a cruzar ese inmenso mar de arena, esa región extensísima y tropical, que suele ser el verdugo de los seres que lo pasan, y que lo conocemos con el nombre del desierto del Sahara.

Era la caravana reducidísima pero, como hemos dicho, valiente; la componían tres personajes que llevaban por servidumbre a seis árabes, un guía tunecino que conoció, palmo a palmo, el terreno que pisaba, seis camellos y cuatro de esos caballos árabes pequeños, resistentes y veloces, que forman la característica de su raza.

De estos tres personajes, era el primero un capitán de Cazadores de Lusitania; ni alto ni bajo, delgado, de unos veintiseis años, enjuto de rostro y en sus facciones se pintaba una energía poco común; el otro, Almirante a la sazón, de la marina española, tenía formas atléticas, más grueso y más alto, pero sin embargo, no parecía tan enérgico; y entre ellos la graciosa silueta de una bellísima joven que apenas contaría diez y seis años; no muy alta, de esbelto y grácil talle, de grandes y negros ojos que al mirar infundían una sensación extraña, mezcla de ternura y melancolía, en el que los fijaba, con una bella cabecita terminada por una mata de pelo que con indolencia caía, como un manto de oro, sobre sus espaldas destacándose más y más en su niveo y limpio vestido.

Empezaba a alborear el matutino cre-